

Reflexión

Cristo es la imagen visible del Dios invisible. No hay otro camino por el que podamos acercarnos a Dios. Él es a luz verdadera que ilumina a todo hombre para que llegue a la verdad. Acercarse a Jesucristo, tanto en el misterio de su vida temporal como en la realidad de los sacramentos que nos lo hacen presente, es el camino de salvación que hemos descubierto los cristianos. Eso parece indicar la llamada que hace Pedro a la conversión. Y porque en Jesucristo nos llega la Palabra del Padre, acogerla es acoger al mismo Dios.

El Rosario nos presenta de múltiples formas, en los distintos grupos de misterios, el rostro del mismo Cristo. Los misterios gozosos nos muestra el rostro humano de Cristo, nacido de mujer y hecho uno de tantos como nosotros, se presenta como un servidor fiel, ocupado en las cosas de su Padre. Los misterios dolorosos nos lo presentan en su fidelidad incondicional a la voluntad del Padre, hecho obediente hasta la muerte de cruz. Los misterios gloriosos nos hablan de la dimensión trascendente de ese hombre, Cristo, que es glorificado por el Padre en premio a su fidelidad. Los misterios luminosos nos presentan la dimensión mesiánica de Cristo, enviado por el Padre para anunciarnos el Reino y hacernos partícipes de sus dones, de la vida divina que se nos da en los sacramentos.

Como recuerda el Papa, la contemplación del rostro de Cristo tiene en María un modelo insuperable. Su mirada nunca se aparta de él. Será unas veces, una mirada interrogadora, como en el episodio del niño perdido en el templo; otras veces, será una mirada penetrante que le permite sentir sus decisiones futuras, como en Caná; otras veces, será una mirada dolorida, como en la cruz; otras, una mirada radiante de alegría como en la resurrección; otras en fin, una mirada ardorosa por la efusión del Espíritu en Pentecostés.

Rezar el Rosario es asomarnos a ese corazón de María en el que ella conservaba todo y descubrir en él el rostro de Cristo que ella contempló y en el que descubrió la voluntad del Padre también para ella.

Oración sobre las ofrendas

Te rogamos, Señor, que tú mismo nos dispongas para celebrar este sacrificio; y por la meditación de los misterios de tu Unigénito, concédenos ser dignos de alcanzar sus promesas. P.J.N.S.

Oración de los fieles

Con María, oremos por Cristo al Padre, para que con el don del Espíritu nos haga más semejantes a su Hijo.

Por la santa Iglesia, para que resplandezca ante el mundo como el lugar de la presencia y de la acción de Cristo en nuestro mundo.

Por los sacerdotes, y todos los ministros de la Iglesia, para que actuando en nombre de Cristo sean en sus vida espejo fiel del actuar de Cristo

Por todos los cristianos, para que fieles a las enseñanzas de Cristo sepamos reconocer su rostro en los perseguidos, en los que sufren, en los pobres.

Por todos los gobernantes y poderosos de la tierra, para que no avasallen con su fuerza la libertad de los hijos de Dios.

Por cuantos nos hemos reunido aquí para honrar a la Virgen Milagrosa en este triduo, para que ella acoja nuestras súplicas y remedie nuestras necesidades.

Escucha, Padre la oración que tus hijos te dirigen, reunidos en oración con María. Por Jesucristo nuestro Señor.

Oración para después de la comunión

Te rogamos, Señor, que cuantos hemos anunciado en este sacramento la muerte y resurrección de tu Hijo, asociados a los dolores de su pasión, podamos participar en el gozo de su gloria. P.J.N.S.

El ejercicio privado del Triduo a la Virgen Milagrosa, puede ordenarse así:

1. Ambientación para cada día.
2. Oración para cada día.
3. Una o varias lecturas a elección.
4. Oración de los fieles.



Iglesia de la Milagrosa

Día 1º



Contemplar
Comprender
Rogar

el rostro de Cristo
la vida cristiana
por el mundo

Triduo a la Virgen Milagrosa
Año del Rosario

PP.Paúles– Tfno. 948 23 91 96
igsemilagrosa@familia-vicenciana.org
<http://www.familia-vicenciana.org>
Avda de Zaragoza, 23, 2
31005 Pamplona



Día 1º

Contemplar con María, el rostro de Cristo.

«*Venid a los pies de este altar...*»

Ambientación

En mayo de 2002, el Papa Juan Pablo II escribía una hermosa carta pastoral sobre el rezo del rosario, su sentido, su valor y el modo de rezarlo. En esta carta se declaraba este año, octubre 2002 octubre 2003, Año del Rosario. En nuestro triduo de mayo, a la Virgen de la Medalla Milagrosa, en este año 2003, queremos prestar atención a esta carta del Papa y aprender de María aquellas actitudes que facilitarán y enriquecerán la práctica de este ejercicio del santo Rosario, tan útil para nuestra vida espiritual y bien de la Iglesia.

En este primer día, consideramos el Santo Rosario como un ejercicio en el que contemplamos con María el rostro de Cristo. Ella es para nosotros fuente de luz y de vida para conocer el misterio de Cristo.

En el mensaje de la Medalla Milagrosa encontramos una invitación de María para acercarnos a Cristo: *Venid a los pies de este altar*, dice la Virgen a Santa Catalina.

Aclamaciones cristológicas

Tú, imagen visible del Dios invisible Señor, ten piedad

Tú, el más bello de los hijos de los hombres; Cristo, ten piedad

Tú, la norma viva de toda perfección humana: Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso...

Oración:

Derrama, Señor tu gracia sobre nosotros, que, por el anuncio del ángel, hemos conocido la encarnación de tu Hijo, para que lleguemos por su pasión y su cruz, y con la intercesión de María, a la gloria de la resurrección. Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

Palabra de Dios

Del libro de los Hechos de los apóstoles (2,14a.36-40a.41-2)

El día de Pentecostés, Pedro, de pie con los Once, pidió atención y les dirigió la palabra:

«*Todo Israel esté cierto de que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías.*»

Estas palabras les traspasaron el corazón, y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles:

«*¿Qué tenemos que hacer, hermanos?*»

Pedro les contestó:

«*Convertíos y bautizaos todos en nombre de Jesucristo para que se os perdonen los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque la promesa vale para vosotros y para vuestros hijos y, además, para todos los que llame el Señor, Dios nuestro, aunque estén lejos.*»

Con estas y otras muchas razones les urgía y los exhortaba. Los que aceptaron sus palabras se bautizaron, y aquel día se les agregaron unos tres mil.

Eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones.

Palabra de Dios.

R. Contemplad al Señor y quedaréis radiantes.

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. R.

Contempladlo y quedaréis radiantes;
vuestro rostro no se avergonzará.
Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha
y lo salva de sus angustias. R.

El ángel del Señor acampa
en torno a sus fieles y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él. R.



Lectura del santo evangelio según san Juan 12, 44-50

En aquel tiempo, Jesús dijo, gritando:

«*El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me ha enviado. Y el que me ve a mí ve al que me ha enviado. Yo he venido al mundo como luz, y así, el que cree en mí no quedará en tinieblas.*

Al que oiga mis palabras y no las cumpla yo no lo juzgo, porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo. El que me rechaza y no acepta mis palabras tiene quien lo juzgue: la palabra que yo he pronunciado, esa lo juzgará en el último día. Porque yo no he hablado por cuenta mía; el Padre que me envió es quien me ha ordenado lo que he de decir y cómo he de hablar. Y sé que su mandato es vida eterna. Por tanto lo que yo hablo lo hablo como me ha encargado el Padre.

Palabra de Dios

De la carta del Papa (El Rosario de la Virgen María)

El Rosario, en efecto, aunque se distingue por su carácter mariano, es una oración centrada en la cristología. En la sobriedad de sus partes, concentra en sí la profundidad de todo el mensaje evangélico, del cual es como un compendio. En él resuena la oración de María, su perenne Magnificat por la obra de la Encarnación redentora en su seno virginal. Con él, el pueblo cristiano aprende de María a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la profundidad de su amor. Mediante el Rosario, el creyente obtiene abundantes gracias, como recibéndolas de las mismas manos de la Madre del Redentor. (RVM.1)

El Rosario, precisamente a partir de la experiencia de María, es una oración marcadamente contemplativa. Sin esta dimensión, se desnaturalizaría, como subrayó Pablo VI: «Sin contemplación, el Rosario es un cuerpo sin alma y su rezo corre el peligro de convertirse en mecánica repetición de fórmulas y de contradecir la advertencia de Jesús: "Cuando oréis, no seáis charlatanes como los paganos, que creen ser escuchados en virtud de su locuacidad" (Mt 6, 7). Por su naturaleza el rezo del Rosario exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso, que favorezca en quien ora la meditación de los misterios de la vida del Señor, vistos a través del corazón de Aquella que estuvo más cerca del Señor, y que desvelen su insondable riqueza». (RVM.12)